Eugenio d'Ors y las academias

Señores Académicos:

La función memorativa que ceremonias como esta exigen a quienes intervienen en ellas, obliga a establecer (y de alguna manera a justificar) la correlación que existe entre el tema elegido y el contorno académico que, a la vez que circundado, lo define.

Porque el nombre de Eugenio d'Ors, que en estos meses últimos ha surgido tantas veces al conjuro del centenario de su nacimiento, ofrece, en la correlación indicada, posibilidades que no sería lícito desaprovechar.

Y así, señores académicos, pido licencia para fijarme sucesivamente en lo que para Eugenio d'Ors significó la función del intelectual a nivel individual y lo que representa su labor a nivel colectivo: nivel que, forzosamente, ahora y aquí, recibe el nombre de la institución que nos cobija: es decir, la Academia.

La revisión del pensamiento de Eugenio d'Ors, surgida en la conmemoración del centenario de su nacimiento, suscita un despliegue de puntos de vista que viene a remediar, aunque débilmente todavía, el atroz olvido que se cernía sobre su imagen de pensador. Una constelación de observaciones sagaces, todavía no reducidas a sistema, ha de servir, sin duda, para valorar el diamante en el que se multiplica la luz (sin perder por ello su condición unitaria), como reflejo lógico de la personalidad creadora. Personalidad que, en el caso de d'Ors, se enriquece de sentido sociológico, ya que, partiendo de "la amistad y el diálogo",

culmina en la noción de "Ciudad" en el sentido preciso de "convivencia civilizada".

De ahí la lección que se desprende de aquella glosa inicial de su tarea periodística, titulada *Amiel en Vich,* que describe la desesperada soledad de un intelectual, en una pequeña población de la Cataluña finisecular.

Al iniciarse el Novecientos, la figura patética y enfermiza del solitario se cifraba en el intelectual anarquista, conspirador de café, periodista de panfleto, rebelde de profesión. La novedad de la actitud del joven Xenius consistió, como se demostró en seguida, en intentar una *revolución desde el poder.* De ahí que se insertara en el movimiento catalanista, justo en el momento en que se estaba fraguando una autonomía, para la cual la colectividad debía ser preparada.

De alguna manera, la actitud de d'Ors recordaba la política seguida en Madrid por la Institución Libre de Enseñanza, que, rechazada por la Restauración, y apoyada en la bondad y en la pulcritud de sus métodos, iniciaba una silenciosa y tenaz "infiltración", por medio de instituciones ejemplares (Junta para Ampliación de Estudios, Centro de Estudios Históricos, Residencia de Estudiantes, Instituto-Escuela), propugnando un cambio de sentido que había de cristalizar en la Segunda República española.

Paralelamente, en la Cataluña de la mocedad de Xenius palpitaba un clima ilusionado de renovación pedagógica, traducido a ingenuas realizaciones, clima que el joven Xenius convirtió en *programa.* Este documento se publicó en la revista *Cataluña* en 1910. Treinta días después, el presidente de la Diputación de Barcelona, Enric Prat de la Riba, le ofrecía la Secretaría del Institut d'Estudis Catalans y, al crearse, en 1911, la Mancomunitat de Catalunya, el puesto de director de Instrucción Pública. El intelectual tenía, por primera vez entre nosotros, las riendas del poder. El programa estaba ya idealmente trazado. Completar el Institut con secciones de Filosofía y Ciencia (a espejo del Institut de France), realizar una política del libro (Biblioteca de Cataluña, Escuela de Bibliotecarias, red de Bibliotecas Populares), transformación de la política educativa (Consejo de Pedagogía, Cursos de Alta Cultura e Intercambio, Estudis Universitaris

Catalans ...). El sueño de aquel joven Goethe, ministro de una ideal Weimar, se había convertido en una realidad ...

Pero sobrevino un despertar doloroso. Muerto Prat de la Riba (1919), cuya habilidad y cuya prudencia sabían pasar por alto algunas genialidades de su "ministro", su sucesor cuidó de hacer notar que el reinado del intelectual había terminado. Un doloroso forcejeo terminó en la derrota del promotor: Xenius fue *defenestrado*. Fue entonces cuando escribió aquella transparente obra dramática, renovando el mito de Prometeo, el Rebelde que quiso robar el fuego de los dioses. Su opositor, Okeanos, es, por supuesto, el sucesor de Prat de la Riba, Puig y Cadafalch, a quien se dirige furiosamente el dios desposeído, recordándole que "autoridad" viene de "autor".

«*He dicho gobernar. ¿Lo has entendido, Okeanos? Te lo repito: gobernar. ¿Te parece un término demasiado culto? ¿No has comprendido que se trata de la principal cuestión, de la esencia de la cuestión sobre la autoridad? ¡Yo soy el Autor, yo soy quien inventó el fuego y quien lo manipula! En todas partes en donde el fuego templa, cuece, funde, evapora, hasta allí se extiende mi autoridad de obrero Y aquí me tienes encadenado. Pero aquí me tienes todavía más profundamente desposeído. Las cosas son mías y me las han quitado. ¡Me ha atado mis industriosos brazos a fin de que las cosas no vengan por sí mismas a mí! Ah, la revolución, la revolución , pero viendo la realidad profunda, ¿no habéis sido vosotros los rebeldes, los violadores esenciales de la ley? ¡Sí! El Tirano, en realidad, no es más que un revolucionario, un rebelde a lo que, a los ojos de la Eternidad, es la legítima autoridad.*»

Como ilustración ampliada de esta doctrina, cumple leer una de aquellas lecciones magistrales con que Eugenio d'Ors deslumbró al Madrid de los años veinte, pronunciadas en la Residencia de Estudiantes. Se trata de la titulada *Grandeza y servidumbre de la inteligencia,* en juego de contrastes tomado de un famoso título de Alfred de Vigny. Ahora no se trata de militares, sino de intelectuales, con los que d'Ors —¿quién lo diría?— encuentra un curioso paralelismo:

«*Vistoso el uno, músico el otro, el vuelo de la valentía se cruza en el aire con el vuelo de la sabiduría. Brillan allí luces*

de Patria; zumban aquí murmullos y melodías de Espíritu. Los dos grupos acuden a lograr unas sobras y acaso a disputarse unas gracias. Los dos son semiociosos, orgullosos y pobres. Y de esta pobreza y de ese orgullo, y de aquel ocio a medias, se ha fabricado una dignidad elevada que recibe el nombre de 'honor'.»

Para ilustrar este sorprendente y admirable paralelismo, d'Ors recorre, en el campo de los intelectuales, su situación a través de los siglos.

¿Qué sucede en Grecia, donde se acuña por primera vez esta manera de existir? Que unas gentes cercanas al aedo o sacerdote enseñan por una *paga,* que ya no es una *limosna,* que acaso es un convite aceptado o una forma de parasitismo social, ya que no se trata de un obrero, sino de un hombre ocioso ...

Pero en cualquier caso, d'Ors relaciona la función social del intelectual con la del juglar de la Edad Media, ilustración y diversión de reyes y aristócratas, que en el Renacimiento gustan de llamarse "mecenas" para el propio lucimiento de su persona. D'Ors recuerda el caso de Rubens, dando esplendor a la monarquía. ¿Y no podía haber añadido el nombre de Velázquez?

La liberación del intelectual, señala Eugenio d'Ors, no llegará hasta el siglo XVIII. El escritor dejará de firmarse "criado de Vuestra Excelencia", como Cervantes al firmar la dedicatoria del *Quijote* a su "protector", el conde de Lemos ...

Esta situación va a cambiar, sí, en el siglo XVIII, cuando el intelectual abandona los salones reales y las antesalas de la nobleza para reunirse en los "cafés" ...

«*El siglo XIX —comenta d'Ors— conoce ya todos los elementos de la libertad intelectual: conoce la ciencia laica, la universidad, la edición y el periódico. Ahora va a entrarse en la prueba definitiva. Va a ensayarse una profesionalidad de la inteligencia que lleve a la grandeza cumplida sin saber de las sujeciones de la servidumbre. Estamos en el momento esencial. Se juega el destino de la inteligencia en el mundo. El momento dura un siglo ...*»

¿Qué acontece, en efecto? Sigamos pespunteando en el texto de Eugenio d'Ors, a través de una dialéctica más barroca que de costumbre ... Varios peligros acechan: la exigencia del es-

pecialismo, el abandono de la claridad en aras de un fingido balbuceo ...

Queda sobre todo el riesgo de una nueva y más espantosa servidumbre. No nos engañemos: los totalitarismos acechan. Hoy, la experiencia —trágica— nos daría muchas clases de ellos; pero en la época en que d'Ors pronuncia este memorable discurso hay una amenaza que se dibuja con terrible fuerza en el horizonte: la doctrina marxista, que ha de intentar imponer la disciplina más férrea al pensamiento individual, hasta el extremo de condenar a los hospitales psiquiátricos a los "disidentes".

El destino del intelectual está, pues, en juego y en riesgo de nueva servidumbre.

«*Curvada la espalda por una secular fatiga, pero también ungida la frente con una luz inmortal, marchamos, viva en el alma la visión de nuestra grandeza, a ofrecer nuestros cuerpos a la más férrea servidumbre. Muden de esposas nuestras muñecas; Lenin, pon tu hierro aquí, donde aún es bermeja la marca de las argollas de Creso: mudaráse el hierro, el bronce interior no se romperá ...*»

«*Dejad, empero, por un instante, que, antes de entrar otra vez en el mutismo de pudor y taciturnidad que cubre los secretos terribles, lancemos al aire de cara al mundo entero el irrefrenable grito de nuestro orgullo ...*»

La figura de Eugenio d'Ors, cuya conmemoración nos congrega, y el recinto que señorialmente la ampara, pueden darnos la pauta —como hemos visto— de su significación cultural. Con la añadidura importante y definidora de ser aquella figura la de un miembro de esta Real Academia Española, a la que concibió, en el momento de su más alta madurez, como pieza clave de una ordenación de nuestros colectivos saberes.

Para establecer el sentido más profundo de esta serie de coincidencias felices, conviene valorar, en el diseño biográfico de Eugenio d'Ors, lo que la misma noción de "academia" llevaba consigo. En primer término, claro está, en su raíz helénica cuando el jardín de Academos sirvió al divino Platón para sembrar su palabra.

En un segundo término, cuando el Renacimiento trasplantó y vivificó el mensaje de Grecia, creando aquellas nobles insti-

tuciones como hogares del humanismo, es decir, la cultura a la medida del hombre.

Un tercer momento vendría señalado por la inserción de estas academias como representativas del Estado. Y es bien sabido lo que, en este aspecto, supuso la creación, por Luis XIV en 1634, de la "Académie Française", de la que esta "Real Academia Española", fundada en 1714 por Felipe V, nieto del Rey Sol, es directa y noblemente sucesora.

Una nueva concepción de estos organismos, sin embargo, hubo de alumbrarse con las teas y las luminarias de la Revolución Francesa. La cual había decretado en 1793 la abolición de los mismos. Dos años más tarde, empero, una nueva ordenación creaba el "Institut de France", que presenta la importante novedad de integrar en un solo organismo, de rango supremo, las anteriores instituciones de fundación real, como la ya citada "Académie Française", la "Académie des Inscriptions et Belles Lettres", la "Académie des Beaux Arts" y, posteriormente, la "Académie des Sciences Morales et Politiques". Esta enorme novedad se nos aparece con un profundo sentido que intenta aunar las diversas ramas del saber en un conglomerado de instituciones: el "Institut de France", que todavía se denominan hoy la "Coupole", como símbolo definidor de la unidad de la Cultura. Y ya podemos recordar desde ahora que, en la mente sagaz de Eugenio d'Ors, el símbolo de la "ceúpula" que reúne todos los arcos en una comba suprema, es paralelo al de la Monarquía que asume todos los poderes municipales y feudales, dentro de lo que ya empieza a denominarse el Estado.

Ayudará a comprender la oportunidad de este excurso el hecho cierto y decisivo de que, desde su primera actuación en el campo de la política, Eugenio d'Ors figura entre los fundadores de una ordenación cultural realizada en Cataluña, bajo la égida de Enric Prat de la Riba, cuya más importante hazaña —como ya dijimos— se cifra en la fundación del "Institut d'Estudis Catalans" partiendo de la misma ordenación del "Institut de France". Es decir: considerando la totalidad de las tareas académicas bajo un signo unitario, en el que bajo el nombre de "secciones" la Filología y la Historia, la Arqueología y las Be-

llas Artes, la Ciencia y la Filosofía se integraban en un todo unitario, a la manera como, en la mente de Ramón Llull, el "arbor sciertiarum" hacía salir de un mismo tronco los ramajes de los distintos saberes particulares.

Esto sucedía en 1908. Y treinta años después, en 1938, bajo otras nomenclaturas y signos bien diversos, Eugenio d'Ors inspiraba, bajo el mandato del ministro Pedro Sainz Rodríguez, la creación del "Instituto de España", que todavía sirve, aunque no con la eficacia exigible, al sueño d'orsiano de la unidad de la Cultura.

Conviene señalar, ahora, lo que este espíritu académico significa como "constante" a lo largo de todo el pensamiento de Eugenio d'Ors. Teniendo en cuenta, para empezar, que la renovación cultural que él bautizó con el nombre de "Noucentisme", tenía como fundamento la imperiosa necesidad de transformar el movimiento de restauración de la cultura catalana denominado la "Reanaixença" en el sentido de superar las raíces folklóricas, populares y campesinas, por medio de unos imperativos acuñados por la idea de urbe, "Ciudad", palabra que sirve de base a los conceptos correlativos de "urbanidad" y "civilización".

Cuando se piensa en el rol histórico que Eugenio d'Ors realiza en Cataluña, al iniciar su acción cultural, desde la situación de poder emanada de su condición de Secretario General del "Institut d'Estudis Catalans", se advierte la coincidencia entre la noción de "cultura" y la noción de "compañía", tal como lo formulaba en aquella famosa "Oració de l'Institut", en la que leemos: "L'obra de ciencia s'alimenta d'abnegació i es realiza en la companyia. Cultura és, por definició, companyia. Es sempre unió cordial dels treballadors en un ordre determinat d'estudi; unió dels pensaments que, vigilants, entre diverses nacions i gents, a voltes a una immensa distancia, viuene amb els ulls oberts sobre un mateix problema; uniò i amor i respecte reciproc entre mestres i deixebles, entre mestres que són veritables creadors, que han portat idees noves o nous mètodes al tresor general, i deixebles que han après que el màxim benefici del dret a la revissió és l'aprenentatge del sentit de la reverència" (ob.

cit., 1911). ¿Y no significan estas nobles palabras una definición tanto como un elogio supremo del quehacer académico?

Veamos ahora hasta qué punto esas afirmaciones radicales y definidoras del joven Xenius se perpetúan a lo largo de su existencia. Han pasado los trabajos y los días de su primera etapa. Pero, como ya dijimos, una penosa incidencia de su quehacer político, al servicio de los organismos culturales de la Mancomunitat de Cataluña, va a conducir a una ruptura de tan ilusionado esfuerzo, y Eugenio d'Ors, como Sísifo, va a emprender de nuevo el oneroso camino de empujar hacia arriba la roca de su trabajo cotidiano. Su destino inmediato va a ser Madrid, no sin un episodio universitario en las universidades argentinas, donde descubre, ciertamente, que el esfuerzo de un escritor catalán, al servicio de su lengua vernácula, no sólo puede sino que debe complementarse con la utilización de la lengua general de las gentes hispánicas a uno y otro lado del Atlántico. Y esto ya lo sabía Eugenio d'Ors, por su contacto con los miembros de la Institución Libre de Enseñanza, que —al fracasar en unas oposiciones a cátedra universitaria— le rindieron un sonoro homenaje, como le abrieron las puertas de la "Residencia de Estudiantes" para que pronunciase aquellas ya recordadas tres lecciones que se titularon: "De la amistad y el diálogo", "Aprendizaje y heroísmo" y "Grandeza y servidumbre de la Inteligencia". Las puertas de los más importantes rotativos, diarios y revistas se abrieron para que el viejo "Glosari", remozado bajo el título de "Nuevo Glosario", continuase su tarea redentora en una lengua "avezada a volar sobre continentes", como él expresó. Que ama su función docente, que pudo proseguir en la cátedra de la Escuela Social, que le ofreció el Ministro de la Dictadura su conterráneo Eduardo Aunós.

Quedaba, finalmente, su vocación académica que —de pronto— se le abrió en una coyuntura feliz. Por una de esas curiosas contradicciones de nuestra vida política, el mismo gobierno del General Primo de Rivera, que venía realizando una política represiva de la cultura catalana, sorprendió a todos con un decreto que lleva la fecha de 26 de noviembre de 1926 y la rúbrica del Ministro de Instrucción, don Eduardo Callejo, que literalmente establecía: "Se crean en la Real Academia Española tres

secciones denominadas de la lengua catalana y sus variantes valenciana y mallorquina, de la lengua gallega y de la lengua vascuence."

¿De dónde salió esta inesperada resolución gubernamental? No de la Academia Española, que opuso a los pocos días de su publicación varios reparos que denotaban una posición hostil, y que, sin duda, condujeron a que, inmediatamente después de la caída de Primo de Rivera, en 22 de mayo de 1930, y bajo la firma del ministro don Elías Tormo, apareciese un nuevo decreto, anulando el anterior, alegando que "sobre demostrar la experiencia la ineficacia de la reforma, a juicio unánime de la propia Academia todos sus miembros madrileños y regionales, el rasgo de reconocimiento del valor de las respectivas culturas literarias y populares ha de producirse hoy más normalmente en la leal aceptación por el Gobierno y por toda España de la importancia cultural de las Academias u otros organismos regionales ...".

Así naufragó el curioso ensayo realizado por el Gobierno de la Dictadura, sin que nos corresponda ahora valorar la licitud o la oportunidad de su intento, tema del que ciertamente no sería ocioso hablar. Pero antes nos corresponde señalar que, al amparo de aquella sorprendente disposición, fueron elegidos como académicos de la Real Española don Antonio Rubiò y Lluch y don Eugenio d'Ors por Cataluña, don Lorenzo Riber y don Antonio María Alcover por Mallorca, el P. Fullana por Valencia, mientras Galicia quedaba representada por don Armando Cotarelo Valledor y don Ramón Cabanillas, mientras don Julio de Urquijo y don Resurrección María de Azcue eran elegidos por la literatura vascuence. (Curiosamente, don Miguel de Unamuno, que todavía no era académico de la Española, obtuvo en esta votación un solo voto.)

La hostilidad manifiesta de la Academia había de condenar a esos llamados "académicos regionales" a una situación que, si bien salvada por la proverbial cortesía que impera en esta docta casa, podía calificarse de incómoda. Eugenio d'Ors intentó alguna vez "normalizar" su situación, cuando, al morir Unamuno —ya elegido académico—, intentó que se le atribuyese su medalla, pretensión que le fue negada, según mis noticias, por

el Secretario Perpetuo de la docta casa, don Julio Casares. Por otra parte, don Eugenio no había leído su discurso de ingreso, probablemente porque a los académicos regionales, como a los llamados "correspondientes", no se les exigía este requisito para ingresar. Hubo de producirse la Guerra Civil para que, en la curiosa vida errante que llevó la Real Academia Española, dentro de la llamada "zona nacional", se produjese el acto solemne y definitivo de su ingreso.

Pero al empezar el año 1938, ya Eugenio d'Ors había puesto en marcha el Instituto de España, al que ya hemos hecho referencia, cuya sesión inaugural tuvo lugar, con toda la pompa del caso, en Salamanca en el día de Reyes, dando una apariencia de normalidad académica dentro de aquella azarosa circunstancia histórica.

Y finalmente en el curso del mismo, pero esta vez en Sevilla, la Real Academia Española se reúne para recibir en su seno a Eugenio d'Ors, el 29 de abril, quien elegido en 1928, como sabemos, no había tenido ocasión reglamentaria de leer el ritual discurso de ingreso, al que contestó con verbo entusiasta don José M.ª Pemán. Por otro lado, en los primeros meses del Alzamiento don Miguel de Unamuno había fallecido, después de su tardío ingreso en la Academia, lo que permitió a d'Ors expresar la presunción de que ocupaba el puesto dejado vacante por el Rector de Salamanca. La discutible sucesión al sillón de Unamuno quedaba aludida sibilinamente por una frase del discurso d'orsiano: "Pero, ¿de veras es a Unamuno a quien sucedo? ¿No pesará más en la coyuntura razón de estirpe más que accidente de contigüidad, origen más que cronología?"

Conociendo la evolución del pensamiento de Eugenio d'Ors nos es familiar la constante de contradicción entre uno y otro pensador. Desde el primer *Glosari*, de 1906, el enfrentamiento entre el europeísmo d'orsiano y el antieuropeísmo de Unamuno es un tópico de repetición incesante. La contradicción permanente que descubre en su pensamiento, le escandaliza aun en el mismo discurso de ingreso, en el que, ritualmente, debe hacer el elogio de su presunto antecesor. Y así lo describe: "hijo de un Fin-de-Siglo decadente, pero él nutrido de raciales reciedumbres; luchador «contra esto y aquello» pero buceador de la «paz en

la guerra»; generoso como el «Quijote» de Cervantes y artero como el «Seductor» de Kierkegaard; vez a vez adepto de zurdas o derechas; anti-intelectualista de *El sentimiento trágico* y figurín de intelectuales de Ateneo, a lo único a que quizá su temperamento no inclinó a don Miguel fue a la Academia".

Sorprendentes palabras, para pronunciadas en un discurso de ingreso académico, cuyo tema central se encuentra en el rótulo del mismo: que se resume certeramente en una sola palabra: "Humanidades", y que se estudia a través de unas entidades históricas que se describen sucesivamente: Grecia, Roma, Florencia, el Neoclasicismo, la Revolución Francesa, los organismos internacionales, son las claves unitarias que dejan deliberadamente al margen las culturas exóticas, las concepciones plurales de los Spengler, de los Wells, de los Frobenius o de los Toynbee. La Cultura, como la fe que profesa, debe ser Católica, Apostólica y Romana. Esta misma vocación unitaria —de Cúpula y Monarquía— es la que d'Ors alega, al terminar su discurso de ingreso, cuando recuerda paladinamente el fracaso de los "académicos regionales" y exalta con fervor la realización reciente del Instituto de España: "Si las academias representan los varios saberes, el Instituto encarna la unidad del saber." Y esto acaso sea bueno recordarlo en esta Academia, que menospreciando esta idea d'orsiana, se encuentra ahora lanzada a la tarea de ir reclutando, para nutrir sus cuadros de trabajo, a especialistas de cada una de las ciencias y técnicas actuales, abandonando la concepción federativa del Instituto de España, a través de la cual todas las Reales Academias pasarían a ser las ponencias más altamente calificadas para informar, en cuestiones de vocabulario científico, a la Real Academia Española.

De ahí el acento que está poniendo este discurso nuestro en la concepción de las Academias, como grupos de trabajo coherente, que se expresan en una lengua decorosa y noble. "Siempre, solía decir Eugenio d'Ors, al espectáculo del hombre culto pasándose al lenguaje del inculto" llamaré traición.

De ahí que la palabra "academia" siga siendo un ritornelo de su actividad fundacional. En 1941 funda Eugenio d'Ors, en Villanueva y la Geltrú, la Academia del Faro de San Cristóbal, cuyo campo de trabajo fue la "síntesis de la cultura", a través

de la investigación de las interrelaciones entre los diversos campos de la actividad cultural. En 1942, en Madrid se crea, por su personal iniciativa, la Academia Breve de la Crítica de Arte. La nobleza de las palabras, el empaque ceremonioso de sus textos reglamentarios, la arquitectura rigurosa de su organización alcanzan, no sin una punta de ironía, la dignidad exigida.

Pero la dimensión de lo académico en Eugenio d'Ors puede establecerse en más direcciones. La primera ha sido ya apuntada, y podría definirse como fidelidad hacia las formas selectas del lenguaje —entendiendo por lenguaje todo mensaje conceptual, ya por medio de la palabra, ya por intervención de la forma. En este sentido, la lección d'orsiana ha sido ya señalada, puesto que su dicción se instala en una lengua de selección, para la que quedan excluidas las formas de infra-lenguaje, los "patois" o zonas de expresión coloquial o campesina, sólo aceptables como elementos de contraste de función meramente documental, así en algunas páginas anecdóticas que se encuentran en *La Bien Plantada* o en algunas expresiones rústicas de las *Historias de las Esparragueras*. Más allá de esas expresiones sólo son aceptables las formas que delatan la personalidad cultural del hablante —o del escritor— y que encajan, justamente, en lo que llamamos dicción académica. Por lo que se refiere a las formas plásticas, esa misma exigencia se formula partiendo de los arquetipos clásicos, tal como se articulan y ejemplifican, por ejemplo, en la pintura de Rafael o en las svocaciones del mundo clásico tal como aparecen en Francia, por ejemplo, en la obra pictórica de Poussin. En cualquier caso, la Norma aparece como un imperativo de carácter universal. Por ello la estética d'orsiana no se apunta a las estrecheces del nacionalismo. No olvidemos, en este sentido, lo que significó para nosotros la doctrina de la "unidad oral de Europa", proclamada al iniciarse la Primera Guerra Grande con la declaración explícita según la cual "toda lucha entre los pueblos europeos es una guerra civil". De ahí el sentido aleccionador de la actividad de d'Ors, cuando ya incorporado a la vida cultural de Madrid, es designado como representante de España en la "Union pour la Cooperation Intellectuelle" con sede alternativa en París y Ginebra, desde donde pudo multiplicar su presencia en los grandes simposios de la

Cultura, en ocasiones tan importantes como las conversaciones sobre el Barroco de la Abadía de Pontigny, o las celebradas en Rotterdam para conmemorar la figura de Erasmo. De lo que se deriva otra lección que hoy debemos retener, ya que esta multipresencia tiene como base la presencia conjunta de las academias de Europa y su exigencia de altura intelectual. Y bien puede decirse que lo académico fue para Eugenio d'Ors una segunda naturaleza o, para mejor precisión, una Naturaleza corregida por la Cultura.

Y con ello cobra, de nuevo, sentido la noción que enlaza la Cultura a la Ciudad, exigiendo para el trabajo intelectual la noción de compañía. Porque, como diría cualquier observador de nuestro pasado cultural, el pedagogo reuníía a sus alumnos en la "skolé", palabra que sorprendentemente significaba "ocio", porque sólo los hombres libres podían tener el tiempo necesario para su perfeccionamiento intelectual como los convertía en su edad adulta en miembros del "ágora" que los conducía el gobierno de la Ciudad.

Para d'Ors, por otra parte, toda soledad era enfermiza, como lo es la que hoy aqueja a nuestra juventud más o menos tocada de ecologismo. De ahí el sentido patológico con que caracterizaba, sucesivamente, el monólogo de Mamlet, que conduce a la locura, o el soliloquio que pueden llamarse Hamlet, pero también Segismundo, que conducen al extravío; o el patético monólogo de Werther, que arrastra a la muerte. "Procure el gobernante que el intelectual no se quede solo —escribe Xenius—. En una noche de soledad, el Doctor Fausto acabó por venderse el alma al Diablo."

La creación intelectual, pues, requiere la presencia de esa "alegre y civil compañía" que las Academias encierran por definición. Y que, incluso, en su última senectud llevaba a Xenius a las Residencias de Estudiantes o Colegios Mayores, para las que escribió una deliciosa *Introducción a la Vida Colegial,* en la que leemos: "únicamente en las asambleas congregadas bajan las lenguas de fuego, en una inmensa Pentecostés".

Porque para él, el modo de ser académico, incluso con su empaque ritual, era una garantía de la continuidad en una Euro-

pa que procedía de las Academias del Renacimiento italiano tanto como de los Salones europeos de la Ilustración.

Recordar esto, entre las conmemoraciones ciertamente brillantes que han decorado la conmemoración del Centenario del Nacimiento de Eugenio d'Ors, ha sido para esta Real Academia Española ocasión de alta grandeza y de decorosa servidumbre, a la que yo he aportado, con emocionado gozo, la minimidad de mi palabra.

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA.